EL ENCUENTRO

P.Prisciliano Hernández Chávez, CORC.

Vivimos sumergidos en el ambiente cultural contemporáneo de carácter tecnocrático y utilitario; parece que ese es el horizonte humano de quienes luchan por estar en la cima del poder y del tener. No hay otro camino. A esto se suman las banalidades y lo efímero. Las personas valen en tanto están orientadas a la funcionalidad. La ética se sustituye por la legalidad: el hombre sometido a la ley de todo tipo,-la fiscal, por ejemplo, según los caprichos del gobernante iluminado, y no la ley al servicio de la persona humana en cuanto tal; la ausencia de una filosofía política anclada en la justicia y el valor de la persona para crear condiciones de equidad y libertad, que modere las pretensiones dictatoriales de partidos o gobiernos; una mentalidad cada vez más bajo la impronta del escepticismo, florecimiento inmediato de las “fake news”, del “deepfake”,- lo profundamente falso, o simplemente de responder con los algoritmos a través de una robótica al servicio de intereses con respuestas inmediatas a “twiters” o la creación de videos manipulados, contrarios a los hechos mismos y a la personas reales, falsificadas. Ante este panorama, necesitamos referentes, como los santos, que siguieron de cerca al Señor; ellos con Jesús fueron luz en su tiempo y siguen iluminando en el nuestro; pueden ser signos de contradicción, para todo tipo de egoísmo, porque desafían la idolatría del hombre que se pretende bastar a sí mismo o de quien ostenta un paraíso ilusorio. El encuentro con el Señor Jesús en diversos momentos y en circunstacias distintas, cambió de orientación su vida, de modo que la consagraron a Él del todo; porque la vida consagrada es don de Dios, debemos dar gracias por ella, valorarla y darla a conocer, y que aquellos que han tenido esta vocación singular de seguir a Cristo de cerca viviendo los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia, gusten y degusten esa vida como don singular para los amigos de Jesús; ellos proclaman que “solo Dios basta, porque quien tiene a Dios nada le falta”, en palabras de Santa Teresa de Jesús. Tiene gran importancia y urgencia la “vida consagrada” auténtica lejos de formalismos acartonados e impersonales, que son fachadas de defensa o de vida cómoda e instalada. Se tiene que vivir el equilibrio de lo institucional y el carisma, en mutuo apoyo y vivencia, sin ahogar lo uno de lo otro. Necesitamos referentes humildes, pobres, obedientes y de un amor consagrado para gloria de Dios y el bien de todos. De vidas gastadas en amar y servir al Señor en su pueblo, vacunadas de todo utilitarismo; una vida que perfume nuestro ambiente con el amor y la trascendencia; una vida seducida por la bondad y la belleza del misterio del Dios encarnado, Jesús. Una vida entregada que exprese el Rostro paterno del Padre y el corazón maternal de la Iglesia. Nuestro mundo necesita testigos alegres y profetas del amor de Dios. El encuentro con el Señor, transforma los corazones cansados y agobiados, a quienes búscan la grandeza en la humildad de Jesús que es nuestra Luz, luz de las naciones y gloria de Israel (cf Lc 2, 22-32). San Juan Pablo II, invita a más que recordar una historia de un pasado glorioso, tener presente “una gran historia que construir”; invita a poner los ojos en el futuro hacia el que el Espíritu impulsará seguir haciendo grandes cosas como consagrados; es decir, de aquellos que han dedicado su vida a Dios según sus diversos carismas. Trabajar por un mundo más humano y justo; que sea el Señor humilde y glorificado, nuestro gozo y el gozo de nuestros hermanos (cf Vida Consagrada 110). El encuentro con el Señor hoy, es impostergable; los hermanos consagrados y las consagradas al Señor, pueden ser un gran referente para el gran encuentro fundamental, del ser humano libre y feliz hoy, ciudadano de la tierra y de la gloria eterna.